

# Don Ramón Carande, historiador de Carlos V

Mi vinculación con don Ramón en principio fue puramente intelectual; arrancaba de mi admiración como historiador por su obra escrita. Antes de las jornadas de su doctorado *honoris causa* por la universidad de Salamanca (1983), jamás nos habíamos visto. Ni siquiera sé si don Ramón tenía conocimiento de mi existencia, por lo que quizá le sorprendiera que yo hubiera promovido la candidatura para su doctorado en mi viejo estudio salmantino. En todo caso yo sí tenía muy presente la obra de don Ramón. Y lo que puedo asegurar es que, apenas iniciada nuestra relación epistolar, se estableció al punto una corriente de hondo afecto y de cordial amistad.

Por ello puedo empezar diciendo que evocar al historiador no puede hacernos olvidar al hombre. Antes al contrario. Así podríamos hablar, de inmediato, de su españolismo, que arrancaba, sin duda, de estas tierras que le vieron nacer (esta Palencia de recios hombres). Y que se había acentuado en aquellas otras de Sevilla, la luminosa Sevilla, donde tuvo su cátedra y donde puso su hogar, y en las del campo extremeño donde —como aquel Carlos V al que tanto estudió— vino a morir.

Y digo españolismo a lo gran patriota, como lo sintieron y lo practicaron Francisco Giner de los Ríos, su maestro, o Miguel de Unamuno, su amigo; porque ¿acaso cabe más patriotismo que dedicar tan dilatada vida al mejor conocimiento de España, revelando su historia? Gran patriota Carande, porque también se puede servir a la patria con la pluma, y él supo hacerlo como gran maestro: creando escuela.

De entre esa obra suya como historiador, y concretamente como modernista, un libro destaca de forma impresionante, un libro justamente famoso: *Carlos V y sus banqueros*. Y de tal forma que hablar de Ramón Carande es evocar inmediatamente ese título, de igual modo que pensar en Carlos V ya es preciso hacerlo a través de los cientos de páginas que le dedicó el insigne historiador; de modo que el uno y el otro, el personaje histórico y el historiador actual, resultan ya inseparables para el hombre culto en todo el ámbito de nuestra Europa occidental.

Dicho todo esto, se comprenderá bien mi emoción al encararme con la empresa que se me ha confiado: el dar la stampa de don Ramón Carande como historiador de la época de Carlos V. Para ello será necesario que nos refiramos primero a cuál era el estado de la historiografía carolina antes de que a ella se incorporase con su magna obra don Ramón Carande.

## La historiografía carolina antes de Carande

La historiografía carolina tiene un gran aliciente, pero también un no pequeño riesgo: se trata de una figura —esa de Carlos V— de talla universal que rompe los marcos nacionales, con lo cual quien se atreva a estudiarla debe tener en cuenta que ha de habérselas con los mejores historiadores de medio mundo. Dejando aparte las cumbre de la historiografía decimonónica, como el alemán Ranke y el belga Gachard, al menos debemos recordar aquellos historiadores que en el primer tercio de nuestro siglo habían aportado ya trabajos valiosos sobre Carlos V, tales como el francés Morel-Fatio, el norteamericano Merriman y, sobre todo, el alemán Karl Brandi, al frente éste de todo un equipo.

Morel-Fatio se había fijado en dos aspectos sumamente atractivos de Carlos V: el primero, su discurso de 1536 lanzado en Roma, un vehemente discurso en el que el César quiso justificar su política como Emperador de la Cristiandad ante el Papa y el Colegio Cardenalicio, junto con los embajadores acreditados en la corte pontificia; siendo una de las más notables singularidades de aquel discurso, que sorprendió a propios y extraños, que ante tal auditorio Carlos hablase en español. El segundo tema tratado por el eminente hispanista francés, fue el de las *Memorias* de Carlos V, cuestión singularísima, puesta en duda por muchos y que Morel-Fatio ayudó a esclarecer, con una cuidada edición crítica del manuscrito portugués aparecido en la Biblioteca Nacional de París, que él supo completar con una excelente traducción francesa, labor toda ella para los especialistas, que apenas si trascendió al gran público.

Otra fue la cosa del historiador norteamericano Merriman, que con su sólido estudio sobre el Emperador y su tiempo, basándose en documentación en buena medida original, acertó a presentar la figura de Carlos V, no dejando lo suyo en una mera biografía, algo que ya venía señalando en el título de su obra: *Carlos V, el Emperador y el Imperio español en el viejo y nuevo mundo*.

Pero la obra de historiador insigne, como trasunto de un trabajo en equipo, la realizaría otro investigador, en este caso, un alemán: Karl Brandi. En su equipo nos encontramos con figuras de la talla de Fritz Walser, Otto Adalbert (conde Looz-Corswarem) y Franz Stix. Trabajando denodadamente en los principales archivos europeos, y muy particularmente en el incomparable de Simancas, Karl Brandi pudo ofrecer en 1937 la más seria biografía que hasta entonces se había escrito sobre el Emperador. Una biografía luego ininidad de veces reeditada en Alemania: *Kaiser Karl V. Werden und Schicksal einer Weltreiches*, una obra de dos volúmenes de la que en español sólo tenemos la traducción del primero.

A esa historiografía carolina del primer tercio del siglo XX España había aportado algunos trabajos interesantes, pero parciales: tales la muy erudita obra de Manuel Foronda y Aguilera sobre *Las estancias y viajes de Carlos V (desde el día de su nacimiento hasta el de su muerte)*, obra publicada en 1914; la de Francisco Laiglesia: *Estudios históricos* de particular interés para la política imperial y el papel jugado en ella por las Cortes castellanias; y finalmente un luminoso ensayo de alguien muy admirado por Carande: su homónimo don Ramón Menéndez Pidal, que a raíz de la aparición de la obra

maestra de Karl Brandí pronunciaría en La Habana una conferencia que pronto sería muy comentada: *La idea imperial de Carlos V*.

Pero, en su conjunto, puede afirmarse que la aportación española a la historiografía carolina no alcanzaba las cotas marcadas por los estudiosos extranjeros.

## La aportación de Carande a la historiografía carolina: *Carlos V y sus banqueros*

Esa presentación ha sido necesaria para que apreciemos en su justo valor lo que supuso la aparición en 1943 del primer volumen de don Ramón Carande titulado *La vida económica de España en una fase de su hegemonía*; largo título que aún se prolongaba con este final más expresivo y que pronto se haría popular: *Carlos V y sus banqueros*. Inmediatamente el público percibiría la importancia de la obra que había aparecido, que tuvo al punto el doble impacto sobre el sector de los especialistas más exigentes y sobre el hombre culto.

Lo notable es que Carande no era conocido anteriormente entre los modernistas. Su formación de economista —una rigurosa formación, tal como propiciaba la Institución Libre de Enseñanza, que había alentado los comienzos de Carande—, se había proyectado hacia el mundo medieval. En 1936 tenía acumulado un formidable material con el que preparaba un estudio sobre la hacienda castellana en la época de los Trastámaras. Sin embargo, siete años después sale su primer tomo sobre *Carlos V y sus banqueros*, obra que concluiría un cuarto de siglo más tarde.

Tales hechos merecen algunas reflexiones. En 1943 Carande tiene ya 56 años y se ha embarcado, sin dudarle, en una empresa que había de llevarle muchos años más; exactamente un cuarto de siglo. Sin duda se trata de alguien que está seguro de sí mismo, de su longevidad, la gloriosa longevidad de don Ramón.

Ahora bien, Carande al afrontar los problemas económicos de la España imperial (recordemos la parte inicial del título de su obra: *La vida económica de España en una fase de su hegemonía*) se encaraba con algo prácticamente desconocido y sólo abordado muy de refilón por las historias tradicionales al uso, que se preocupaban sobre todo de los grandes triunfos militares conseguidos en tiempos de Carlos V. Para esa historiografía, recordar aquel reinado era pensar sobre todo en Pavía, Viena, Túnez y Mühlberg, en el Viejo Continente o en las grandes navegaciones y conquistas de ultramar protagonizadas por Magallanes, El Cano, Hernán Cortés y Pizarro.

A lo más que hacían esas historias al uso era asomarse a los conflictos internos provocados por comuneros y agermanados, o a los problemas religiosos derivados de la Reforma. Por lo tanto, atender documento en mano a cómo estaban nuestra agricultura, nuestra industria y nuestro comercio en el Quinientos, para estudiar después el sistema de cargas tributarias y los efectos de la llegada de las remesas indianas en oro y plata (con el costo de lo que supuso para la Corona de Castilla la política exterior de Carlos V) era tantear un mundo hasta entonces prácticamente desconocido, donde sólo algún que otro erudito —como Cristóbal Espejo o como Carmelo Viñas— se había atrevido a penetrar. En suma, era algo así como asomarse a la cara oculta de la Luna.

Podría parecer asombroso que Carande, con su formación de medievalista, lograra tales resultados. Ahora bien, sobre eso conviene tener en cuenta lo siguiente: Carande tenía una buena base de partida, puesto que conocía el panorama económico de Castilla en la baja Edad Media; eso le permitiría comprobar la magnitud de los cambios que había supuesto para Castilla la llegada al poder de Carlos V. Por otra parte sólo quien domine plenamente el alemán puede atreverse a la empresa de adentrarse por el mundo carolino, no sólo por la estrecha vinculación del Emperador con la historia de Alemania, sino porque precisamente por ello, buena parte de la bibliografía más destacada sobre ese tema está escrita en alemán. Y es aquí donde entra en juego la juventud de Carande, quien tras doctorarse en derecho en 1909 es pensionado por la Junta de Ampliación de Estudios para completar su formación en Alemania. Durante tres años, Carande estudiará en las universidades de Munich y de Berlín, adquiriendo así esa formación germanista que tan útil le sería después para sus estudios carolinos. Por otra parte, como el meollo de sus investigaciones estará en los aspectos económicos, no podemos olvidar tampoco que a su regreso a España, en 1914, Carande va a trabajar nada menos que con Flores de Lemus. Por lo tanto, estaba poniendo a punto su utillaje mental, al que luego sabría sacarle tan formidable partido al aplicarlo a los aspectos económicos de la Castilla de Carlos V.

¿Habría que hablar también del destino?

En 1936, cuando Carande anda por los 49 años se ve sacudido —como toda España— por la tremenda conmoción de la Guerra Civil; una guerra que, en el campo profesional, supone para don Ramón la pérdida de aquel material que tan amorosamente había ido acumulando para su estudio sobre los Trastámara de Castilla y, además, el despojo de su cátedra de la universidad de Sevilla, de la que se verá apartado hasta el curso 1945-1946; amarga experiencia que hubiera aniquilado a cualquiera, pero que a don Ramón le lleva a cambiar de rumbo, pasando al campo del modernismo y con tal ímpetu, que podría sacar a la luz en 1943 la primera parte de su trilogía sobre *Carlos V y sus banqueros*. Hay en esa actitud algo a destacar: la impresionante humanidad de Carande. He aquí con qué gracia comenta don Ramón la «oportunidad» que le había dado el obligado apartamiento de la cátedra a que le había sometido el régimen franquista:

Por no haber sido todavía atendida la demanda del autor para reingresar en la vida docente, la excedencia le ha permitido intensificar el trabajo y acelerar la aparición de este libro.

Una cosa era cierta: Carande no se había dejado ganar por el abatimiento; sacando, sin duda, fuerzas de flaqueza, había obtenido el máximo rendimiento de aquellos extraños años sabáticos a que le había obligado a «disfrutar» la administración entonces en el poder.

En el prólogo a su libro nos explica Carande cómo había germinado en él la realización de su trabajo. Fue a partir de la relectura de un libro clásico de la historiografía alemana, la obra de Ehrenberg: *Das Zeitalter der Fugger* (esto es, la época de los

Fugger)<sup>1</sup>. Como es bien sabido, los Fugger eran los principales banqueros del Imperio alemán, y acaso los más destacados de la Europa de su tiempo. Pero la obra de Ehrenberg, aun siendo notable, mostraba algunos flecos y dejaba bastantes interrogantes en el aire, que sólo podían resolverse a través de la documentación existente en los archivos españoles, y concretamente en el de Indias de Sevilla y en el de Simancas.

La formación como economista y germanista, la inteligencia, la perseverancia de don Ramón Carande y el tiempo libre a que le había forzado su apartamiento de las tareas docentes, harían lo demás. Carande pasaría de estudiar los documentos de Sevilla a los de Simancas y, al cabo de los años, aquellos retoques al libro de Ehrenberg se convertirían en la obra que le haría justamente famoso en el mundo entero, como a Marcel Bataillon su *Erasmus y España*; en este caso *Carlos V y sus banqueros*.

¿Qué supone entonces la aportación de Carande a la historiografía carolina y, más aún, a la historiografía de España en la época del Emperador? ¿Qué hay de notable en su obra?

Yo diría, en primer lugar, el acierto en el tema de investigación planteado y, junto con ello, la cantidad ingente de los datos que aporta, las reflexiones que suscita, las conclusiones que saca y hasta el mismo estilo que emplea; un estilo que no es uniforme, sino que sabe ajustarse admirablemente a cada aspecto que trata de exponer.

Veamos algunos ejemplos: sea el primero, cuando en el prólogo a la primera edición evoca Carande al Carlos V catalizador de banqueros:

El capitán invicto —nos dice Ramón Carande—, el magistral diplomático, el mejor conocedor de los hombres de su tiempo, el caballero mancebo, como le denomina Tavera; el alférez de Jesucristo, como se llamó él mismo en Túnez; aquel cuya grandeza humana resplandece en la suprema renuncia que le llevó a Yuste, sufrió tan a menudo las amarguras de la penuria, que éstas llegaron a dotarle de un insuperable poder catalizador de banqueros.<sup>2</sup>

O cuando, al comentar su elección a la corona imperial, nos presenta las contradicciones en que había de sumirse el reinado de Carlos V:

Obtiene victorias a lo largo de cuarenta años, en contiendas que hubiera preferido eludir; pero de sus campañas puede decirse que sólo dos, la de Túnez victoriosa y la de Argel siniestra, las acomete con auténtica decisión y con personalísima iniciativa...

Y añade Carande:

...Fuera de allí veremos siempre debatirse a Carlos V entre la vocación y el destino. Esta fue su tragedia y la de tantos héroes, y la de innumerables criaturas del Señor. Le acarrea cada victoria una nueva confabulación; a los vencidos se suman, buscando todos el desquite, los aliados de la víspera y enardecidos procuran abatir la prepotencia del César.

Y así, con este estilo vibrante, termina Carande su juicio sobre el Emperador:

Fue la vida de Carlos V, en este orden de cosas, un vano tejer y destejer. Las proporciones ilusorias de sus firmes ideales pondrán constantemente a prueba el temple de aquella personali-

<sup>1</sup> «Una cuarta lectura del libro clásico de Ricardo Ehrenberg. Das Zeitalter der Fugger, en el otoño de 1940. indujo al viejo admirador que lo estudiaba de nuevo a enriquecer alguno de sus capítulos...» (R. Carande: *Carlos V y sus banqueros*, Prólogo, Madrid, 1964, 2.ª ed., I, p. XI).

<sup>2</sup> R. Carande: *Carlos V y sus banqueros*, 1.ª ed. 1965, I, p. XV.